

Ysabel

Guy Gavriel Kay

Traducción:
Ester Mendía Picazo



Libros publicados de Guy Gavriel Kay

1. Los leones de Al-Rassan
2. Tigana
3. Ysabel

Título original: *Ysabel*

Primera edición

© 2007, Guy Gavriel Kay

Ilustración de cubierta: Larry Rostant

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-632-2 Depósito legal: B-30411-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Linda McKnight y Anthea Morton-Saner

«Hay una y solo una historia
que merecerá la pena contar
ya sea como bardo erudito o niño de talento;
a ella pertenecen todos los versos u oropeles menores
que con su resplandor asombran
a todas las historias ordinarias en las que se pierden.»

—Robert Graves

Prólogo

La arboleda llegaba hasta el extremo de la propiedad: hasta la grava del camino de entrada, el portón electrónico y la valla verde de alambre retorcido que impedía la entrada de jabalíes. Los oscuros árboles envolvían las casas escondidas a lo largo de la ladera y después se extendían hacia el norte de la villa, por la empinada colina hasta lo que bien podría llamarse un «bosque».

El jabalí (*sanglier*) forrajeaba por todas partes, sobre todo en invierno. Alguna que otra vez podían oírse disparos de rifle, aunque la caza era ilegal en los robledales y en los claros que rodeaban unas casas tan caras. Los adinerados propietarios del Chemin de l'Olivette hacían lo que podían para preservar la serenidad de sus días y noches allí en el campo, sobre la ciudad.

Debido a esos altos árboles del este, el alba se manifestaba (en cualquier época del año) con una lenta y pálida luminosidad, y no con el disco del sol sobre el horizonte. Si alguien mirase por las ventanas o la terraza de la villa, vería los negros cipreses sobre el césped cambiar lentamente hacia el verde y tomar forma desde la copa hacia abajo, emergiendo de su silueta de centinelas que adoptaban durante la noche. En ocasiones, durante el invierno, había neblina, y la luz la disipaba como a un sueño.

Se anunciara como se anunciara, el comienzo del día en la Provenza era un regalo, loado en las letras y el arte durante dos mil años y más. En alguna parte al sur de Lyon y al norte de Aviñón se decía que comenzaba el cambio: una diferencia en el aire sobre la tierra que pisaban hombres y mujeres y desde la cual miraban arriba.

No había otro cielo como este. En cualquier época del año, en cualquier estación; ya fuera un frío amanecer de finales de otoño o un mediodía de un aletargado verano entre chicharras. O cuando el cuchillo del viento, el mistral, soplabla con fuerza por el valle del Ródano (por donde tantas veces habían pasado los soldados), haciendo que cada olivo o ciprés, que cada urraca, viñedo,

mata de lavanda o acueducto en la distancia se viera contra el cielo saqueado por el viento como si fuera el primer y perfecto ejemplo de su especie en el mundo.

Aix-en-Provence, la ciudad, se encontraba en la hondonada de un valle al oeste de la villa. No había árboles en esa dirección que bloquearan las vistas desde esta altura. La ciudad, de más de dos mil años y fundada por los romanos que vinieron a conquistar estas tierras (que midieron y trazaron mapas, nivelaron y drenaron, instalaron tuberías para fuentes termales y construyeron sus calzadas completamente rectas), podía verse perfectamente definida en mañanas de primavera como esa, con una nitidez casi sobrenatural. Casas medievales y modernas. Un bloque de apartamentos nuevos en una ladera al norte, y, en el casco antiguo, el campanario de la catedral.

Esa mañana todos irían allí. Un poco más tarde, pero tampoco demasiado (ya se habían apagado dos despertadores y la única mujer ya estaba duchándose). Nadie quería echar a perder una mañana, no con lo que habían ido a hacer allí.

Los fotógrafos conocían esta luz.

Intentarían usarla, extraer lo mejor de ella, como alguien sediento podría haber extraído agua de un antiguo pozo; y después de nuevo al ponerse el sol, para ver cómo las entradas y ventanas se veían y ensombrecían de distintas formas cuando la luz llegaba del oeste o el cielo estaba teñido de un rojo sangre con las nubes del atardecer; otro regalo.

Obsequios de distintos matices eran la mañana y la tarde aquí (el mediodía era demasiado brillante, carecía de sombras para el ojo de la cámara). Obsequios no siempre merecidos por esos que habitaban (o que llegaban a) una parte del mundo demasiado hermosa, donde tanta sangre se había derramado y tantos cuerpos se habían quemado, enterrado, o dejados sin enterrar, a lo largo de unos siglos violentos.

Pero respecto a eso, francamente, ¿había tantos lugares donde pudiera decirse que los habitantes, a través de los largos milenios, siempre habían sido merecedores de las bendiciones del día? Este sereno y salvaje rincón de Francia no era diferente a ninguna otra parte de la tierra... en ese aspecto.

Sin embargo, aquí había diferencias, la mayoría de ellas olvidadas hacía mucho tiempo cuando la primera luz de esa mañana se dejó ver sobre el bosque y encontró los ciclamores y las anémonas en floración; ambos con tonos violetas, ambos con leyendas contando el porqué.

El tañido de las campanas de la catedral subía por el valle. Aún no había luna. Saldría más tarde, a través de la brillante luz del día: una luna de cera con uno de sus lados cortado.

El alba fue exquisita, memorable, casi pudo saborearse, el día en que un cuento que se había estado oyendo desde tiempos inmemoriales comenzó a arquearse, como la curva del arco de un cazador o el vuelo y la caída de la flecha, hacia lo que podría ser un final.

Primera parte

Ned no estaba impresionado. Por lo que él veía, en la media luz que caía por las pequeñas y altas ventanas, la catedral de Saint-Sauveur de Aix-en-Provence era un caos: fuera, donde el equipo de su padre estaba preparándose para sacar unas fotos previas, y dentro, donde estaba completamente solo en la penumbra.

Se suponía que tenía que molar estar allí solo. Melanie, la diminuta y tremendamente organizada ayudante de su padre, le había dado un folleto sobre la catedral y le había dicho, con uno de sus guiños de ojo, que fuera entrando antes de que ellos empezaran a tomar unas imágenes digitales de prueba que precederían a las auténticas fotos para el libro.

Estaba siendo simpática con él. Siempre era simpática con él, pero a Ned le ponía un poco nervioso que con todas las cosas de las que tenía que ocuparse, aun así... cómo no... Melanie se propusiera encontrar cosas que pudiera hacer el chico de quince años que llevaban pegado.

Quería tenerlo apartado, donde no pudiera meterse en líos. Seguro que ya sabía dónde estaban las tiendas de música, las pistas de atletismo y los parques para hacer *skateboard* en Aix. Seguramente que ya lo sabía antes de que hubieran subido al avión, después de haberlo buscado todo en Google y de haber tomado notas. Seguro que ya le había comprado algún cachivache en Amazon o algo así y lo tenía en la villa esperando al momento justo para dárselo, cuando lo viera completamente aburrido, por ejemplo. Era realmente simpática, e incluso guapa, pero deseaba que no lo tratara como si él también fuera parte de su trabajo.

Había pensado en dar una vuelta por la vieja ciudad, pero en lugar de eso, había cogido el folleto y había entrado en la catedral. Era el primer día de trabajo, los preparativos para una sesión, ya tendría muchas oportunidades de explorar la ciudad más adelante. Iban a estar en el sur de Francia seis

semanas y su padre estaría trabajando sin parar casi la mayor parte del tiempo. Ned pensó que esa mañana lo mejor era quedarse cerca de los demás; aún se sentía un poco desorientado y lejos de casa. Aunque, claro, eso no tenía por qué decirse a nadie.

Como era de esperar, la alcaldía, en el ayuntamiento situado al final de la calle, se había mostrado emocionada de que estuvieran allí. Le habían prometido a Edward Marriner dos horas ininterrumpidas esa mañana y otras dos al día siguiente, si las necesitaba, para fotografiar la fachada de la catedral. Por supuesto, eso significaba que cualquiera que quisiera entrar y salir de la catedral para rezar por su alma inmortal (o por la de cualquier otro) iba a tener que esperar mientras un famoso fotógrafo immortalizaba, en su lugar, el edificio.

Mientras Greg y Steve descargaban la furgoneta, había habido incluso una discusión, iniciada por el funcionario del Ayuntamiento que les habían asignado, sobre el hecho de que hubiera unos hombres subiendo unas escaleras para quitar un cable que recorría en diagonal la calle que estaba delante de la catedral hasta el edificio de la universidad que había al otro lado. Finalmente, el padre de Ned había decidido que podían eliminar el cable digitalmente si hacía falta, para que los estudiantes no se quedaran sin luz durante sus clases.

Qué amables somos, había pensado Ned.

Mientras caminaba de un lado a otro, su padre había empezado a tomar decisiones firmes, como siempre hacía cuando finalmente se encontraba en las localizaciones después del largo proceso de preparación de un proyecto. Ned ya lo había visto así antes.

Barrett Reinhardt, el director de arte de la editorial, había estado en la Provenza dos meses antes preparando una lista de posibles fotografías y enviando archivos de imágenes por correo electrónico a Edward Marriner, en Montreal, pero el padre de Ned siempre había preferido reaccionar ante lo que veía al llegar a un lugar que iba a fotografiar.

Había señalado un balcón que había en el segundo piso de la facultad, justo encima de la plaza y frente a la fachada, y decidió que tomarían unas imágenes con la cámara digital desde el suelo para luego crear una panorámica con el ordenador, pero quería subir a ese balcón y utilizar desde allí una película de gran formato.

Melanie, que lo seguía a todas partes con su carpeta, había garabateado unas notas con bolis de diferentes colores.

Ned sabía que su padre haría su selección de fotos más tarde, cuando viera lo que tenían. Probablemente el reto sería sacar el alto campanario, a la izquierda, y el ancho completo del edificio en una misma toma. Steve,

acompañado por el funcionario, había ido a la universidad para ver cómo podían acceder al balcón.

Una multitud se había congregado para mirar cómo lo preparaban todo. Greg, con un francés aceptable y una sonrisa, estaba asegurándose de que los espectadores permanecieran alrededor de los límites de la plaza para que no aparecieran en las imágenes. Un gendarme había ido a ayudar. Ned lo había mirado todo, con cierta amargura. Su francés era mejor que el de los demás, pero no le había apetecido echar una mano. Se había marchado en ese mismo momento y había entrado en la catedral.

No estaba seguro de por qué estaba de tan mal humor. Aparentemente, debería haber tenido que estar bastante contento con todo eso: había terminado el cole casi dos meses antes, se había saltado los exámenes (aunque sí que tenía que escribir tres redacciones mientras estuviera allí y entregarlas en julio, cuando estuviera de vuelta en casa), estaba alojado en una villa con piscina mientras su padre y los demás hacían su trabajo...

Dentro de la oscura catedral con un alto techo abovedado, de pronto, se quitó los auriculares del iPod y lo apagó. Escuchar *Houses of the Holy*¹ ahí dentro no era tan buena idea como se había pensado. Se había sentido como un tonto e incluso un poco nervioso estando solo en un lugar tan oscuro y grande, incapaz de oír nada a su alrededor. Podía imaginarse los titulares: «Estudiante canadiense apuñalado por un sacerdote que odiaba a Led Zeppelin».

La ocurrencia le hizo gracia... un poco. Más tarde se la escribiría a sus amigos en un correo electrónico. Se sentó en un banco en mitad de la nave central, estiró las piernas y miró el folleto de Melanie. La foto de la portada era de un claustro. Un arco en primer plano, un árbol iluminado por el sol, el campanario detrás contra un cielo verdaderamente azul. Era tan bonita como una postal. Probablemente salía en una postal.

Su padre jamás sacaría una fotografía así, ni en un millón de años. No de esta catedral. Edward Marriner había hablado sobre ello el día antes, mientras contemplaban su primera puesta de sol desde la terraza.

Ned abrió el folleto. Había un mapa en la primera página. La luz era tenue, pero él tenía buena vista y podía leerlo. Por lo que podía ver en la leyenda de la página opuesta, ese lugar había sido construido en una docena de fases a lo largo de demasiados siglos y por demasiada gente a la que no le había importado lo que se había hecho antes de que ellos llegaran. Un caos.

¹ N. de la t.: Título de un disco de Led Zeppelin, cuya traducción sería *Casas de lo sagrado*.

De eso se trataba, había explicado su padre. La fachada que iban a fotografiar estaba rodeada de las calles y plazas de Aix. Era parte de ellas, parte de la vida de la ciudad, no estaba aislada para que la admiraran como solían estarlo las catedrales. Tenía tres estilos, y colores de piedra que no acertaban a combinar los unos con los otros.

Su padre había dicho que eso era lo que le gustaba de ella.

«Recordad por qué estamos haciendo esta sesión», les había dicho a todos cuando habían salido de la furgoneta y habían comenzado a descargar. Unas fachadas de catedrales perfectas, como las de Notre Dame en París o en Chartres, eran capturadas por todos los turistas que las veían. Esa era diferente, y un desafío... por una razón: no podían echarse hacia atrás demasiado o atravesarían una ventana y se meterían en una clase de la universidad arruinando una charla sobre la eterna grandeza de Francia.

Greg se había reído. *Pelota*, había pensado Ned antes de coger los auriculares.

Fue en ese momento cuando Melanie había sacado el folleto del fondo del bolso que llevaba colgado al hombro. El bolso era tan grande como ella. Corría un chiste que decía que la mitad de los objetos perdidos del mundo podían encontrarse en el bolso de Melanie, y que ella sabía bien dónde se encontraba la otra mitad.

Solo en el interior, Ned estudió el mapa y miró hacia arriba. El lugar donde estaba sentado se llamaba «nave», no pasillo. *Lo sabía*, pensó imitando para sus adentros la exagerada voz de Ken Lowery en clase de ciencias.

Por lo que había leído, la nave se había terminado en 1513, pero la parte que se encontraba justo detrás de él era cuatrocientos años más antigua y el altar que tenía delante era «gótico», fuera ese el período que fuera. La pequeña capilla que había detrás se había construido aproximadamente al mismo tiempo que la nave donde estaba sentado. Si mirabas a la izquierda o la derecha, las fechas se volvían más confusas todavía.

Se levantó y volvió a caminar. Lo cierto era que estar solo allí dentro daba un poco de miedo. Sus pisadas, con sus Nike puestas, no se oían. Se acercó a una puerta lateral con dos gruesos y viejos candados de hierro y uno nuevo de latón. Un letrero decía que conducía al claustro e incluía una lista con las horas de la visitas. Los candados negros de hierro ya no servían para nada; el nuevo estaba cerrado. Lo que se había imaginado. No podría salir. Habría estado chulo sentarse en un claustro a escuchar música. No llevaba música religiosa en el iPod, gracias a Dios, aunque U2 habría servido.

Según le informaba el folleto de Melanie, el claustro era antiquísimo, del siglo XII. Al igual que la nave lateral donde se encontraba ahora. Pero la capilla que había al fondo era del siglo XVIII, lo más nuevo que había allí. Era

para reírse. Podían poner un Starbucks en alguna parte de ese lugar y encajaría tanto como el resto. Capilla de «Saint-Java».

Fue hacia esa nueva capilla y subió los escalones del altar. No había mucho que ver. Unas gruesas velas blancas se habían consumido, ya no ardía ninguna. Esa mañana la gente no podía entrar: Edward Marriner estaba trabajando en la fachada.

Ned caminó por delante del altar y bajó por el otro lado. Esa nave era de 1695, según le decía el mapa. Se detuvo para orientarse: ese sería el lado norte, el claustro estaba al sur, su padre estaba tomando fotos de la fachada occidental. No sabía por qué, pero le hacía sentirse mejor tener eso claro.

Esa nave era más corta. Volvió a encontrarse en la sección principal, mirando una vidriera. Encontró otro banco cerca de la última capilla lateral que había junto al campanario. Santa Catalina, decía el folleto; había sido la capilla de la universidad.

Ned se imaginó a los estudiantes quinientos años atrás, entrando corriendo para confesarse y después cruzando la calle para volver a sus clases. ¿Qué llevaban a clase en aquellos tiempos? Volvió a ponerse los auriculares y seleccionó a Pearl Jam con la rueda.

Estaba en el sur de Francia. Bueno, que lo perdonasen por no estar dando saltos de alegría. Su padre estaría sacando fotos como un loco (según sus propias palabras) desde ahora hasta mitad de junio. Las fotografías eran para un gran libro que saldría las próximas Navidades. *Edward Marriner: Imágenes de la Provenza*, acompañando un texto de Oliver Lee. Lee era de Londres, pero había vivido aquí abajo durante los últimos treinta años y había escrito (Melanie le había contado todo esto) seis novelas, incluyendo algunas premiadas. Un escritor inglés famoso, un fotógrafo canadiense famoso, un escenario francés famoso. Un gran libro.

La madre de Ned estaba en Sudán.

Las noticias decían que volvía a haber graves enfrentamientos al norte de Darfur. Casi con toda seguridad ella estaría allí, pensó Ned mientras se recostaba en el banco y cerraba los ojos dejando que la música lo envolviera. Una música con furia. *Grunge*.

Pearl Jam terminó y la siguiente en la lista era Alanis Morissette. El trato era que su madre los llamaría cada dos noches. Seguro que eso la mantendría a salvo, pensó Ned amargamente.

Se suponía que a Médicos sin Fronteras se los conocía y respetaba en todas partes, pero no siempre. Ya no. El mundo había cambiado. Lugares como Irak así lo demostraban, y Sudán estaba muy lejos de ser el mejor lugar de la tierra donde encontrarse en ese momento.

Volvió a quitarse los auriculares. Alanis se quejaba mucho, decidió Ned, para ser una chica de Ottawa Valley que había triunfado.

—¿Cantos gregorianos? —preguntó alguien.

Ned, en el banco, se sobresaltó y giró la cabeza rápidamente.

—¿Qué...?

—¡Lo siento! ¿Te he asustado?

—¡Joder, sí! —respondió bruscamente—. ¿Tú qué crees?

Se levantó. Pudo ver que se trataba de una chica.

Ella lo miró arrepentida durante un segundo y después sonrió. Junto las palmas de sus manos.

—¿Qué te da tanto miedo en este sagrado lugar, hijo mío? ¿Qué pecados pesan en tu corazón?

—Pensaré en alguno —dijo.

Ella se rió.

Parecía ser más o menos de su edad, llevaba una camiseta negra, unos vaqueros azules, unas Doc Martens y una pequeña mochila verde. Alta, delgada, con pecas y acento estadounidense. Pelo castaño claro y a la altura de los hombros.

—¿Asesinato? T. S. Eliot escribió una obra sobre ello —dijo ella.

Ned puso cara rara. Era una de esas. Empollona.

—Lo sé, *Asesinato en la catedral*. La estudiaremos el año que viene.

Ella volvió a sonreír.

—Me obsesiona el tema. ¿Qué puedo decir? ¿No es impresionante este lugar?

—¿Eso crees? Es un caos.

—¡Pero eso es lo que mola! Das veinte pasos y viajas quinientos años. ¿Has visto el baptisterio? Este lugar chorrea historia.

Ned alargó un brazo con la mano abierta y miró hacia arriba, como comprobando si caía agua.

—Eres una empollona, ¿verdad?

—No puedes picarme con eso si yo misma lo he admitido. Golpe bajo.

Era guapa, al estilo de una bailarina flacucha.

Ned se encogió de hombros.

—¿Qué es el baptisterio?

—La parte redonda, junto a las puertas delanteras.

—Espera un segundo. —Se le ocurrió algo—. ¿Cómo has entrado? Este lugar está cerrado durante dos horas.

—Lo he visto. Alguien está sacando fotos fuera. Seguro que es para un folleto.

—No. —Vaciló—. Ese es mi padre. Es para un libro.

—¿En serio? ¿Quién es?

—No creo que lo conozcas. Edward Marriner.

Se quedó con la boca abierta y Ned sintió la familiar mezcla de placer y vergüenza.

—¿Estás quedándote conmigo? —preguntó ella con la voz entrecortada—.
¿Montañas y dioses? Conozco ese libro. ¡Tenemos ese libro!

—Pues muy bien. ¿Qué saco yo con eso?

De pronto lo miró con timidez. Ned no estaba seguro de por qué había hablado así. No era propio de él. Ken y Barry les hablaban así a las chicas, pero él no, por lo general. Carraspeó.

—Una clase sobre el baptisterio —respondió ella—. Si es que puedes soportarlo. Soy Kate. Ni Katie, ni Kathy.

Él asintió con la cabeza.

—Ned. Ni Seymour, ni Abdul.

Ella vaciló y volvió a reírse.

—Está bien, vale, me lo merecía. Pero odio los diminutivos.

—Kate es un diminutivo.

—Sí, pero lo elegí yo. No es lo mismo.

—Supongo. Pero no me has respondido... ¿cómo has entrado?

—Por una puerta lateral. —Señaló hacia ella—. Nadie está vigilando la plaza por ese lado. He entrado por el claustro. ¿Lo has visto ya?

Ned parpadeó. Pero después no podría decir que hubiera tenido una premonición. Simplemente estaba confundido, eso era todo.

—La puerta del claustro está cerrada. He estado ahí hace quince minutos.

—No. Está abierta. La que está más alejada y da a la calle, y la que conduce hasta aquí. Acabo de pasar por ellas. Ven a ver. El claustro es muy bonito.

Comenzó entonces, porque no llegaron al claustro. Aún no.

Al ir hacia allá, oyeron un sonido: metal sobre metal. Un golpe, un fuerte chirrido y otro golpe.

—¿Qué narices es eso? —murmuró Ned al detenerse donde estaba. No estaba seguro de por qué lo hizo, pero lo dijo en voz baja.

Kate hizo lo mismo.

—Ese es el baptisterio —susurró—. Allí. —Señaló—. Seguramente será uno de los sacerdotes, o tal vez el conserje.

Otro chirrido.

Ned Marriner dijo:

—No creo.

Sin duda, habría sido mucho más sensato haber ignorado ese ruido, haber ido a ver el precioso claustro y haberse marchado después, para adentrarse en la mañana de las calles de Aix. Haberse comprando un cruasán y una Coca-Cola en alguna parte con esa chica llamada Kate.

Pero su madre estaba en Sudán después de haberse alejado tanto de ellos, otra vez, para meterse en el corazón de un lugar terriblemente peligroso.

Ned provenía del valor... y de otra cosa más, aunque esa parte aún la desconocía.

Caminó en silencio en dirección al baptisterio y miró abajo, hacia los tres escalones que conducían a ese lugar redondo. Se dio cuenta de que había pasado por delante al entrar. Vio ocho altas columnas formando dentro un círculo más pequeño con una cúpula en lo alto, que dejaba entrar más luz que en cualquier otro lugar.

—Es lo más antiguo que hay aquí —susurró la chica que tenía al lado—. Con diferencia. Es como del año 500 después de Cristo.

Estaba a punto de preguntarle cómo sabía tantos datos estúpidos cuando vio que la rejilla de una cavidad que había en el suelo de piedra se levantaba.

Entonces vio la cabeza y los hombros de un hombre asomar por la abertura que había cubierto esa rejilla, y se dio cuenta de que no era, que no podía ser, ni un sacerdote, ni un conserje ni nadie que perteneciera al lugar.

El hombre estaba de espaldas a ellos. Ned levantó una mano, sin decir ni una palabra, y señaló. Kate contuvo un grito ahogado. El hombre que había dentro de la fosa no se movió, aunque después lo hizo.

Con una sensación de absoluta irrealidad, como si se hubiera colado dentro de un videojuego, como si no estuviera metido en nada a lo que pudiera llamársele vida real, Ned vio al hombre meter la mano dentro de su cazadora de cuero y sacar un cuchillo. Los sacerdotes ni usaban cuero ni llevaban cuchillos.

El hombre lo dejó sobre el suelo de piedra, a su lado, con la punta mirando hacia ellos.

Seguía sin girarse. No podían verle la cara. Ned vio unos dedos muy, muy, largos. El hombre era calvo o se había afeitado la cabeza. Era imposible calcular su edad.

Hubo silencio, nadie se movió. *Este sería un buen momento para guardar la partida*, pensó Ned. *Y luego la reiniciaría si matan a mi personaje.*

—No está aquí —dijo el hombre en voz baja—. Estaba muy seguro... pero está jugando conmigo otra vez. Disfruta haciéndolo.

Ned Marriner nunca había oído ese tono en una voz. Le produjo escalofríos, ahí en la penumbra, mientras miraba hacia la suave luz del baptisterio.

El hombre había hablado en francés. El francés de Ned era muy bueno, después de nueve años de clases intensivas en casa, en Montreal. Se preguntó si Kate lo hablaría y entonces se dio cuenta de que lo había entendido porque, por ridículo que pareciera y como si intentara entablar una conversación educada (con un cuchillo sobre el suelo), ella le preguntó en el mismo idioma:

—¿Quién no está aquí? Hay una calzada romana ahí abajo, ¿verdad? Eso pone en la pared.

El hombre la ignoró por completo, como si no hubiera dicho nada que importara. A Ned le parecía que era un hombre pequeño, pero costaba decirlo sin saber cómo era de profundo el foso. Aún no se había girado para mirarlos. Estaba claro que era el momento de salir corriendo. No era un juego de ordenador. No se movió.

—Marchaos —dijo el hombre como si hubiera sentido el pensamiento de Ned—. Ya he matado a niños antes. Ahora no tengo un fuerte deseo de hacerlo. Marchaos y sentaos en otra parte. Yo me voy ya.

¿Niños? Ellos no eran unos niños.

Como un tonto, Ned dijo:

—Te hemos visto. Podríamos decírselo a la gente...

Con un toque de diversión en la voz, el hombre dijo secamente:

—¿Decirles qué? ¿Que alguien ha levantado la rejilla y ha mirado el empedrado romano? *Hélas!* Todos los gendarmes de Francia se pondrán a trabajar en el caso.

En ciertos aspectos, era posible que Ned hubiera crecido en una familia demasiado astuta.

—No —dijo—, podríamos decir que alguien nos ha amenazado con un cuchillo.

El hombre se giró, seguía dentro del agujero.

Estaba perfectamente afeitado y tenía un rostro delgado. Cejas tupidas y morenas, una nariz recta y larga, y una boca fina. La cabeza calva hacía que sus pómulos destacaran. Ned le vio en la mejilla una cicatriz que se curvaba hasta detrás de su oreja.

Durante un momento el hombre los miró, ambos en lo alto de los tres escalones, antes de volver a hablar. Tenía los ojos hundidos; era imposible ver su color.

—A algunos gendarmes les interesaría eso, tienes razón. —Sacudió la cabeza—. Pero ya me marchó. No veo razón para mataros. Volveré a colocar la rejilla. No he hecho ningún daño. A nada. Marchaos. —Y entonces, mientras seguían allí más impactados que otra cosa, él cogió el cuchillo y lo guardó.

Ned tragó saliva.

—¡Vamos! —susurró la chica llamada Kate. Le tiró del brazo. Él se giró con ella para marcharse, pero miró atrás.

—¿Estabas intentando robar algo ahí abajo? —le preguntó.

Aunque Ned no lo sabía, lo cierto es que su madre se habría girado y habría preguntado lo mismo, movida por su terquedad y por su negativa a tener que irse simplemente porque se lo dijeran.

El hombre del baptisterio volvió a mirarlo y, al cabo de un momento, dijo con voz suave:

—No. Eso no. Creí que había... llegado a tiempo. Pero me equivocaba. Creo que el mundo se acabará antes de que lo encuentre. O el cielo caerá, como diría él.

Ned sacudió la cabeza, como hace un perro al sacudirse el agua cuando sale y está lloviendo. Las palabras carecían tanto de sentido que resultaban graciosas. Kate estaba tirando de él de nuevo, esta vez con más fuerza.

Él se giró y se alejó con ella, de vuelta adonde habían estado antes. Junto a la capilla de Santa Catalina.

Se sentaron en el mismo banco. Ninguno de los dos dijo nada. Al otro lado del resonante y vacío espacio de la oscura catedral oyeron un golpe, un chirrido y otro golpe. Después nada. Estaría marchándose.

Ned miró el iPod, enganchado a su cinturón. En ese momento le pareció el objeto más extraño imaginable. Un pequeño rectángulo que ofrecía música. La música que quisiera. Cientos de horas de música. Con unos pequeños auriculares blancos que podías ponerte en los oídos y con los que bloquear los sonidos del mundo.

«El mundo se acabará antes de que lo encuentre.»

Miró a la chica. Estaba mordiéndose el labio inferior y mirando al frente. Ned carraspeó. Sonó fuerte.

—Bueno, si Kate es por Katherine —dijo con tono alegre—, estamos en el lugar adecuado. Puedes empezar a rezar.

—¿Qué...? —Lo miró.

Ned le mostró el mapa y señaló el nombre de la capilla. Un chiste malo.

—No soy católica —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—Dudo que eso importe.

—¿Qué... qué crees que estaba haciendo? —Había parecido muy segura de sí misma, muy decidida, cuando se había acercado a él. Ahora no lo parecía. Tenía aspecto de estar asustada, lo cual era razonable.

Ned maldijo. No decía tantas palabrotas como los demás chicos, pero ese momento en particular parecía quererlo.

—No tengo ni idea. ¿Qué hay ahí abajo?

—Creo que son solo rejillas para que puedas mirar abajo y ver la vieja calzada romana. El panel informativo que hay en la pared también dice que hay una tumba que se remonta al siglo VI, pero eso es algo que... —Se detuvo.

Él la miró.

—¿Qué?

Kate suspiró.

—Esto también te va a parecer de empollona, pero me gustan estas cosas, ¿vale? No te rías de mí.

—Lo que menos me apetece es reírme.

Dijo:

—En ese tiempo no enterraban a la gente dentro de los muros de la ciudad. Estaba prohibido. Por eso hay catacumbas y cementerios en Roma, París, Arlés y otros lugares... fuera de los muros. Enterraban a los muertos fuera.

—¿Qué estás diciendo?

—Bueno, la información que hay ahí colgada muestra que aquí hay una tumba del siglo VI. Cerca de donde... estaba él. Así que, ¿cómo... bueno... cómo pudieron enterrar a alguien aquí? ¿En esos tiempos?

—¿Con palas? —dijo Ned, instintivamente.

Ella no sonrió.

—¿Crees que eso es lo que era este tipo? ¿Un ladrón de tumbas? —preguntó.

—Yo no creo nada. En serio. Ha dicho que no lo era, pero también ha dicho...

—Sacudió la cabeza—. ¿Podemos irnos?

Ned asintió.

—Pero no por la parte delantera, podríamos aparecer en una de las fotos y mi padre se suicidaría y después me mataría a mí. Se toma muy en serio su trabajo.

—Podemos salir por donde he entrado, por el claustro.

A Ned se le encendió una lucecita.

—Eso es. Apuesto a que ha entrado por ahí. Entre el momento en que he visto que estaba cerrado y el momento en que tú has visto las dos puertas abiertas.

—¿Crees que ha salido por ahí?

—Ya hace un rato. —Vaciló—. Primero enséñame el baptisterio.

—¿Estás loco?

—Se ha ido, Kate.

—Pero ¿por qué quieres...?

Ned la miró.

—¿Una clase de historia? Lo has prometido.

Ella no sonrió.

—¿Por qué estás jugando a los detectives?

Ned no tenía una buena respuesta.

—Esto es demasiado raro. Quiero intentar entenderlo.

—Ned, ha dicho que había matado a niños.

Él sacudió la cabeza.

—No creo... que eso signifique lo que creemos que significa.

—Y eso suena como una frase de una peli mala.

—Tal vez. Pero vamos.

—¿Aquí es donde empieza a sonar la música escalofriante?

—Vamos, Kate.

Se levantó y ella lo siguió. Más tarde, por la noche, y mientras estaba sentado en la terraza de la villa, pensó que ella podría haberse marchado sola. Esa mañana no se conocían de nada. Y él podría haberse marchado por donde había entrado, despidiéndose o no, como hubiera preferido.

Juntos bajaron los tres escalones hacia el baptisterio y se situaron sobre la rejilla, en ese anillo interno de columnas. La luz resultaba preciosa después de la penumbra de la catedral, se colaba entre las ventanas de la cúpula que había sobre el poco profundo pozo del centro.

Ned se arrodilló y miró a través de las barras de la rejilla. Si se suponía que era un lugar desde el que mirar algo, no servía de mucho. Estaba demasiado oscuro para ver adónde conducía el espacio excavado.

—Aquí dice lo de la tumba —dijo Kate, que estaba en la pared oeste, delante de la información para turistas; una hoja plastificada escrita a máquina y enmarcada en madera. Ned se acercó. Básicamente, era otro mapa con leyenda de esa parte del interior. Kate señaló una letra del mapa y después el texto que le correspondía. Como había dicho, al parecer ahí se había enterrado a alguien, «un ciudadano de Aix», en el siglo VI.

—Y mira esto —dijo ella.

Estaba señalando un nicho a su izquierda. Ned vio una viejísima pintura en la pared de un toro o una vaca, y bajo ella un fragmento de mosaico casi borrado. Pudo distinguir un pequeño pájaro, parte de una obra mucho más grande. El resto estaba desgastado.

—Estos son incluso más antiguos —dijo Kate.

—¿Qué era este sitio antes? ¿Dónde estamos?

—El foro estaba aquí. En el centro de la ciudad. La ciudad romana la fundó ciento y pico años antes de Cristo un hombre llamado Sextio cuando los romanos comenzaron a apoderarse de la Provenza, ocupada por los celtas. La llamó por su nombre, *Aquae Sextiae*. *Aquae*, por las aguas. Había aguas termales hasta hacía poco. Por eso hay tantas fuentes. ¿Las has visto?

—Acabamos de llegar. ¿La catedral se construyó encima del foro?

—Ajá. Hay un esquema en la pared. Donde está tu padre ahora era como la mayor intersección de la ciudad romana. Por eso... por eso aún no entiendo que se enterrara a alguien aquí durante esa época.

—Bueno, fue cientos de años después, ¿no? Pone siglo VI.

Parecía tener dudas.

—Seguía siendo un tabú, estoy casi segura.

—Búscalos luego en Google; o lo haré yo.

—¿Chico detective? —sonó como si Kate estuviera intentado provocarlo aunque no le apeteciera en realidad. Ned lo captaba.

Él volvió a negar con la cabeza. Aún no estaba seguro de qué estaba haciendo o por qué. Miró ese toro descolorido en la pared. Seguro que no se parecía a ningún arte religioso que conociera. Ese lugar era realmente antiguo. Sintió un escalofrío. Y tal vez por eso, porque sentía miedo, volvió corriendo, se arrodilló junto a la rejilla de nuevo, puso las manos encima y tiró de ella.

Pesaba mucho más de lo que se esperaba. Logró moverla un poco, provocando el mismo chirrido que habían oído antes. El hombre había roto el cierre o el candado, como pudo ver. Solamente tenía que levantarla y deslizarla, pero...

—Ayúdame, ¡esta porquería pesa!

—¿Estás loco?

—No..., pero me aplastaré los dedos si no...

Ella se movió hasta la parte que él había subido, se puso de rodillas a su lado y lo ayudó a levantarla. Ahora había un hueco lo suficientemente grande como para que un hombre pequeño, o un adolescente, pudiera entrar.

—No vas a bajar ahí —dijo Kate—. No voy a quedarme a ver...

—Te lego mi iPod —respondió Ned, dándoselo. Y entonces, antes de que tuviera tiempo para pensar en ello y asustarse de verdad, puso los pies sobre el borde del foso, se giró y se agachó. Al hacerlo comenzó a pensar en serpientes y escorpiones, o ratas moviéndose por ese oscuro y antiguo lugar que tenía debajo. «Loco» era una palabra bastante acertada, decidió.

Sus pies tocaron el fondo y se soltó. Miró abajo, pero ni siquiera podía ver sus deportivas.

—Por casualidad no tendrás...

—Toma esto —dijo al instante la chica llamada Kate. Le dio una pequeña linterna roja de metal—. La llevo en mi mochila para cuando paseo por la noche.

—Qué eficiente eres. Recuérdame que te presente a una persona llamada Melanie.

—¿Te importaría decirme por qué estás haciendo esto? —le preguntó desde arriba.

—Ojalá lo supiera —dijo sinceramente.

Apuntó con la linterna a las oscuras piedras grises que tenía a su lado y bajo sus pies. Se arrodilló. Las losas estaban húmedas, frías, eran grandísimas, como de una calzada... lo que ella había dicho que era.

A su derecha estaba el muro de cimentación, cerca, debajo de la rejilla. De frente, la linterna iluminó la corta distancia que quedaba hasta el pozo que, por

supuesto, ya estaba seco. Vio unos escalones desgastados. La luz iluminó una tubería oxidada que no estaba unida a nada. Había telarañas rodeándola.

Ni serpientes, ni ratas. Por ahora.

A su izquierda el espacio se abría hacia un pasillo.

Lo cierto era que se lo había esperado. Era el camino que te llevaba de vuelta a la zona principal de la catedral, donde el letrero de la pared decía que había una tumba. Ned respiró hondo.

—Recuerda —le dijo—, el iPod es tuyo. No borres a Led Zep ni a Coldplay.

Se agachó porque tenía que hacerlo. No llegó muy lejos, tal vez dio veinte pasos. No pasó de ahí. Se topó con otro muro. En ese punto estaría justo debajo de la primera nave. El techo aún era muy bajo.

La luz de la linterna jugó sobre la superficie rugosa y húmeda que tenía delante. Estaba sellada, cerrada. Nada que se pareciera vagamente a una tumba. Parecía que solo había esos dos pasillos: el que iba desde la rejilla hasta el pozo, y ese.

—¿Dónde estás? —le gritó Kate.

—Estoy bien. Está cerrado. Aquí no hay nada. Tal como ha dicho. Tal vez este agujero era solo para bajar a reparar las tuberías. Fontanería. Apuesto a que hay más tuberías y más rejillas al otro lado del pozo.

—Iré a mirar —gritó ella—. ¿Significa esto que no me quedo con el iPod?

Ned se rió, sorprendiéndose cuando el sonido resonó.

Y fue entonces, al girarse para volver, cuando el brillante y estrecho rayo de luz de la linterna de Kate que se movía por el pasillo iluminó un espacio empotrado, un nicho en el muro de piedra y Ned vio lo que descansaba en él.

No lo tocó. No era ni tan valiente ni tan estúpido. En realidad tenía el vello de la nuca erizado.

—Otra rejilla —gritó Kate alegremente desde arriba—. Tal vez tenías razón. Tal vez después de cubrir la calzada romana necesitaban...

—He encontrado algo —dijo él.

Su voz sonó forzada, poco natural. El haz de luz de la linterna temblaba. Intentó mantenerla fija, pero el movimiento había iluminado otra cosa y ahora estaba mirando ahí. Otro nicho. Con lo mismo dentro, pensó al principio, pero después se dio cuenta de que no era así. No era del todo igual.

—¿Encontrado? ¿Qué quieres decir? —gritó Kate.

Su voz, a solo unos pasos de distancia y arriba, le pareció a Ned que procedía de muy, muy lejos, de un mundo que había dejado atrás cuando había bajado ahí. No pudo responder. Era incapaz de hablar. Mientras, miraba. La luz temblaba al pasar de un objeto a otro.

El primero, colocado en un hueco con forma ovalada en la pared y dispuesto cuidadosamente sobre una base de arcilla, era un cráneo humano.

Estaba bastante seguro de que no pertenecía a ninguna tumba que hubiera ahí abajo; estaba demasiado expuesto, era demasiado obvio que lo habían puesto ahí para que se viera. No era un enterramiento. La base era como esas que colocaba su madre sobre la repisa de la chimenea o sobre las estanterías que había a ambos lados del fuego para sostener algún objeto que hubiera encontrado en sus viajes, un artefacto de Sri Lanka o de Ruanda.

Ese cráneo había sido puesto ahí para que lo encontraran, no para que tuviera un descanso eterno.

El segundo objeto lo dejaba más claro todavía. En un hueco muy similar, junto al primero, y sobre un soporte de arcilla idéntico, había una escultura de una cabeza humana.

Estaba lisa y desgastada, como envejecida. La única línea brusca estaba en la parte baja, como si la hubieran decapitado, como si la hubieran recortado por el cuello formando picos. Resultaba aterradora, como si le estuviera hablando o haciendo señales a través de los siglos: un mensaje que él no quería comprender. En cierto modo lo asustaba incluso más que los huesos. Ya había visto cráneos antes; y se podía hacer chistes con ellos, como con el que tenían en el laboratorio de ciencias: «¡Ay, pobre Yorick! ¡Qué nombre tan horrible!».

Nunca había visto nada parecido a esa talla. Alguien se había tomado las molestias de bajar ahí, excavar un hueco en la pared y fijarla a una base junto a un cráneo real en un pasillo subterráneo que no conducía a ninguna parte. Y significaba... ¿qué?

—¿Qué pasa? —gritó Kate—. Ned, estás asustándome.

No podía responderle. Tenía la boca demasiado seca, no le salían las palabras. Entonces, después de obligarse a mirar más detenidamente hacia la dirección de la luz de la linterna, Ned vio que la cabeza esculpida era completamente lisa en la parte de arriba, como si fuera la cabeza de una persona calva. Y había un corte profundo en la cara de piedra, un arañazo, a lo largo de la mejilla y por detrás de la oreja.

Salió de allí tan rápido como pudo.

Estaban sentados en el claustro bajo la luz de la mañana, uno al lado del otro, sobre un banco de madera. Ned no había estado seguro de a cuánta distancia de ella sentarse.

Había un árbol bajo enfrente de ellos, el que aparecía en la portada del folleto. Resplandecía con flores de primavera en el pequeño y tranquilo jardín. Estaban junto a la puerta que conducía hacia el interior de la catedral. Allí no había brisa. Era un lugar apacible.

Las manos, que sostenían la linterna roja de Kate, aún le temblaban.

Se dio cuenta de que debía de haberse dejado el folleto de Melanie en el baptisterio. Se habían quedado el tiempo justo para colocar la rejilla encima del espacio abierto tirando de ella, arrastrándola contra el suelo de piedra. Ni siquiera había querido hacerlo, pero algo le dijo que era necesario, que había que cubrir lo que yacía abajo.

—Dime —dijo Kate.

Estaba mordiendo el labio otra vez; estaba claro que era un hábito. Respiró hondo, se miró las manos y, a continuación, mientras miraba el árbol iluminado por el sol, pero no a la chica, le habló sobre el cráneo y la cabeza esculpida. Y la cicatriz.

—¡Oh, Dios! —dijo ella.

Una expresión acertada. Ned se apoyó contra el rugoso muro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kate—. ¿Se lo decimos a... los arqueólogos? Ned negó con la cabeza.

—Esto no es un descubrimiento de una antigüedad. Piensa en ello un segundo.

—¿Qué quieres decir? Has dicho que...

—He dicho que parecía antiguo, pero esas cosas no llevan ahí mucho tiempo. No puede ser. Kate, ahí ha debido bajar gente decenas de veces. Y muchas más. Eso es lo que hacen los arqueólogos. Habrán bajado para ver esas... losas de la calzada romana, para buscar la tumba, para examinar el pozo.

—La fuente —dijo ella—. Es eso. No es un pozo.

—Lo que sea. Pero la cuestión es que ese tipo y yo no hemos sido los primeros en bajar ahí. La gente habría visto y grabado y... y hecho algo con esas cosas si hubieran llevado ahí mucho tiempo. Ahora estarían en un museo. Se habría escrito algo sobre ellas. Aparecerían en los paneles informativos de la pared, Kate.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy seguro de que alguien las ha puesto ahí hace poco. —Vaciló—. Y que han hecho esos huecos en la pared para colocarlas.

—Oh, Dios —volvió a decir ella.

Lo miró. Bajo la luz él podía ver que sus ojos eran marrón claro, como su pelo. Tenía pecas en la nariz y en las mejillas.

—¿Quieres decir para que... lo viera nuestro hombre?

«Nuestro hombre.» No sonrió, aunque en otro momento lo habría hecho. Las manos le habían dejado de temblar, como pudo ver complacido.

Asintió.

—La cabeza era suya, seguro. Sin pelo, la cicatriz. Sí, estaba ahí por él.

—Está bien. *Ummm...* ¿y quién las ha puesto ahí?

En este punto él sonrió un poco.

—No tienes remedio.

—Estoy pensando en alto, chico detective. ¿Llevas encima la placa de juguete?

—Se me ha olvidado.

—Ya, esto también se te ha olvidado. —Sacó el folleto de su mochila.

Él lo cogió.

—Tienes que conocer a Melanie —volvió a decirle.

Miró la guía. La imagen de la portada se había tomado en esa época del año; las flores del árbol eran idénticas. Se lo enseñó.

—Muy bonito —dijo ella—. Es un ciclamor. ¿Quién es Melanie?

Lo que se imaginaba; conocería el árbol.

—La ayudante de mi padre. Tiene tres personas con él, alguien de la editorial que va a venir y yo.

—¿Y tú qué haces?

Él se encogió de hombros.

—Estar por ahí. Reptar por túneles. —Miró a su alrededor—. ¿Hay algo interesante por aquí?

—Aire fresco. Me estaba mareando dentro.

—Yo también ahí abajo. No debería haber ido.

—Probablemente no.

Se quedaron en silencio un momento y entonces Kate dijo, con voz animada e imitando a una guía turística:

—Las columnas muestran relatos bíblicos principalmente. David y Goliat están allí.

Ned vio un par de columnas redondeadas unidas sujetando otra cuadrada y pesada, que a su vez sostenía el pasillo techado. En el cuadrado de arriba había dos figuras entrelazadas y talladas: un hombre de rostro suave sobre la cabeza mucho más grande y el cuerpo retorcido de otro. ¿David y Goliat?

Miró a Kate, que seguía en el banco.

—Madre mía, ¿cómo lo has adivinado?

Ella sonrió.

—No lo he hecho. Estoy de broma. Hay otro panel informativo en la pared más abajo. Lo he leído cuando he entrado. La reina de Saba está en el otro lado. —Señaló hacia el otro lado del jardín donde se encontraba la otra pasarela.

Como estaba señalando, Ned miró en esa dirección; de lo contrario no lo habría hecho. Y como él estaba de pie donde estaba, vio la rosa apoyada sobre las dos columnas redondeadas de otro pilar en el otro extremo.

Y fue entonces... justo entonces... cuando comenzó a sentirse muy extraño.

No era miedo (eso ya lo estaba sintiendo desde hacía rato), ni tampoco emoción; era como algo que estuviera desbloqueándose o descubriéndose, cambiando... era todo, en realidad.

Lentamente recorrió el claustro entre penumbras en esa dirección y pasó por delante de la puerta que daba a la calle y que Kate había utilizado para entrar. Por ahí habría salido con ella un momento antes. Solo un momento, y la historia se habría detenido para los dos.

Siguió por ese lateral y llegó hasta el extremo, enfrente de donde habían estado. Kate seguía sentada en el banco de madera y su mochila verde estaba a su lado, sobre el pavimento de piedra. Ned desvió la mirada hacia el pilar que tenía delante, con la única rosa apoyada entre las dos columnas. Miró la talla.

No era la reina de Saba.

Nunca había estado más seguro de algo en toda su vida. Independientemente de lo que dijera el panel que había sobre la pared, no era eso. La gente que escribía los folletos y las guías no siempre lo sabía todo. Podía parecerlo, pero no siempre lo sabían.

Notó que Kate se había levantado y estaba yendo hacia él, pero no podía apartar los ojos de la mujer que había en la columna. Era la única de todas las columnas alargadas y dobles que tenía encima una figura de cuerpo entero. El corazón volvía a palparle con fuerza.

Pudo ver que estaba desgastada casi por completo, más erosionada que cualquiera de las otras tallas más pequeñas por las que había pasado. Al principio no sabía a qué se debía, pero entonces, por lo que estaba abriéndose dentro de él, pensó que lo sabía.

La habían hecho así, apenas esbozada en la piedra y con los rasgos menos definidos con la intención de que se desvaneciera, que desapareciera, como algo que estaba perdido desde el principio.

Pudo ver que era delicadamente esbelta y que habría sido alta. Aún podían verse unos detalles elegantes y esmerados en la túnica que llevaba y en la toga que le llegaba a los tobillos. Podía ver un cabello trenzado cayendo por debajo de los hombros, pero la boca y la nariz casi habían desaparecido, estaban desgastados y apenas podían vérselos ojos. Aun así, Ned tuvo la sensación (¿una ilusión?) de ver una ceja enarcada, de algo irónico en esa esbelta elegancia.

Sacudió la cabeza. Era una escultura erosionada en un oscuro claustro. No debería haberle llamado la atención ni lo más mínimo, era la clase de cosa que pasabas de largo para seguir con tu vida.

De pronto Ned tuvo la sensación de notar el peso del tiempo. Estaba de pie en un jardín en el siglo XXI y era absolutamente consciente de hasta dónde se remontaba, más allá de una escultura medieval, la historia de este lugar. Hombres y mujeres habían vivido y muerto ahí durante miles de años. Y la vida había seguido.

Y tal vez después de eso no siempre se fueron del todo.

Nunca antes había tenido esa clase de pensamiento.

—Era preciosa —dijo. O, mejor dicho, susurró.

—Bueno, eso pensaba Salomón —dijo Kate suavemente al situarse a su lado.

Ned sacudió la cabeza. Ella no lo entendía.

—¿Has visto la rosa? —preguntó Ned.

—¿Qué rosa?

—Detrás de ella.

Kate dejó caer su mochila y se echó hacia delante, apoyándose en la barandilla que protegía el jardín.

—Aquí no hay... no hay rosales —dijo ella al momento.

—No. Creo que la ha traído él. La ha puesto ahí antes de entrar.

—¿Él? ¿Nuestro amigo? ¿Quieres decir...?

Ned asintió.

—Y sigue aquí.

—¿Qué?

De eso último acababa de darse cuenta, lo había pensado a la vez que formaba las palabras. Había estado pensando, intentando concentrarse. Y lo había sentido.

Ahora estaba asustándose, pero había algo que podía ver en su mente, una presencia de luz o color, un aura. Carraspeó. Podías huir de un momento así, cerrar los ojos, decirte que no era real.

Opodías, por el contrario, decir en alto, tan claro como pudieras, alzando la voz:

—Nos has dicho que te ibas, ¿por qué sigues ahí?

Lo cierto era que no podía ver a nadie, pero eso no importaba. Las cosas habían cambiado. Más tarde situaría el comienzo de ese cambio en el momento en que había cruzado el claustro y había contemplado el rostro de una mujer, casi desvanecido y tallado en piedra cientos de años atrás.

Kate dejó escapar un pequeño grito y rápidamente se situó detrás de él en la pasarela.

Hubo un silencio roto por la bocina de un coche procedente de una calle cercana. Si no hubiera estado tan seguro, Ned bien podría haber pensado que la experiencia vivida bajo tierra lo había puesto completamente nervioso, que le había hecho decir y hacer cosas absolutamente raras.

Pero entonces oyeron a alguien responder, lo que eliminaba esa posibilidad.

—He de confesar que estoy sorprendido.

Las palabras vinieron del tejado inclinado, a su derecha, hacia las ventanas superiores de la catedral. No podían verlo. No importaba. La misma voz.

Kate volvió a gimotear, pero no salió corriendo.

—Créeme —dijo Ned intentando parecer calmado—. Yo estoy más sorprendido.

—Y yo puedo garantizar que os supero a los dos —dijo Kate—. Por favor, no nos mates.

Por encima de todo a Ned le resultaba muy extraño estar de pie junto a alguien que estaba pronunciando palabras como «por favor, no nos mates» y diciéndolas en serio.

Su existencia hasta ese momento no lo había preparado para nada parecido.

La voz que venía del techo era grave.

—He dicho que no lo haría.

—Pero también has dicho que lo habías hecho antes —dijo Kate.

—Lo he dicho. —Y entonces, después de otro silencio—: Os equivocaríaís al pensar que soy un buen hombre.

Ned lo recordaría. Es más, lo recordaría casi todo. Dijo:

—¿Sabes que tu cara está allí abajo, al final del pasillo?

—¿Has llegado allí? Eres valiente. —Una pausa—. Sí, claro que está ahí.

¿Claro? Hablaba con una voz baja, clara, precisa. Ned se dio cuenta (su cerebro no había procesado correctamente esto antes) de que había hablado en inglés y el hombre había respondido del mismo modo.

—Imagino que el cráneo que hay al lado no es tuyo. —Un chiste muy malo.

—A alguien le habría gustado que lo fuera.

Ned lo captó, o intentó hacerlo. Y entonces algo le ocurrió, del mismo e inexplicable modo que antes.

—¿Entonces, quién... quién fue la modelo para ella? —preguntó. Estaba mirando a la mujer de la columna. Le resultaba difícil no mirarla.

Silencio encima de ellos. Ned sintió rabia, en aumento y contenida. En su mente ahora podía situar la figura encima de las tejas, exactamente donde se encontraba el hombre: lo veía en su interior, en color plata.

—Creo que deberíais iros ya —dijo el hombre finalmente—. Os habéis topado con una historia muy antigua. No es lugar para niños. Creedme —volvió a decir.

—Te creo —dijo Kate con sentimiento—. ¡No lo dudes!

Ned Marriner sintió su propia furia invadirlo, con fuerza. Le sorprendía cuánta estaba sintiendo esos días.

—Vale, sí —dijo—. «Marchaos, niños», pero ¿qué se supone que tengo que hacer yo con esta... sensación que tengo ahora? ¿Sabiendo que esta no es la maldita reina de Saba, sabiendo exactamente que estás ahí arriba? Esto es una locura. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Después de otro silencio, la voz volvió a oírse, con más delicadeza.

—No eres la primera persona que percibe estas cosas. Eso debes de saberlo, ¿verdad? En cuanto a qué tienes que hacer... —De nuevo ese tono de diversión—. ¿Es que ahora soy consejero? Qué extraño. ¿Qué hay que hacer en la vida? Terminar de crecer; la mayoría de la gente no lo hace. Encontrar la alegría que hay que encontrar. Intentar evitar a hombres con cuchillos. No somos... esta historia no es importante para vosotros.

La furia de Ned desapareció tan pronto como había aparecido. Eso también era extraño. En el eco de esas palabras, se oyó decir:

—¿Y podríamos ser nosotros importantes para esa historia? Ya que parece que yo...

—No —dijo la voz sobre ellos, claramente desdeñosa—. Como tú mismo has dicho: marchaos. Será lo mejor, independientemente de cómo afecte a vuestra vanidad. No soy tan paciente como he podido ser en alguna ocasión.

—Oh, ¿en serio? ¿No como cuando la esculpiste? —preguntó Ned.

—¿Qué? —volvió gritar Kate.

En ese mismo instante hubo una explosión de color en la mente de Ned y después movimiento, por arriba y a su derecha: una figura borrosa precipitándose hacia abajo. El hombre del techo dio una voltereta para caer de las tejas inclinadas y aterrizar en el jardín delante de ellos. Su rostro ardía de rabia y era blanco grisáceo. Era casi idéntico a la cabeza esculpida que había bajo tierra, pensó Ned.

—¿Cómo lo has sabido? —gruñó el hombre—. ¿Qué te ha dicho él?

Era de estatura media, tal como Ned supuso. No era tan viejo como podía indicar la cabeza calva; hasta podría decirse que era guapo, pero estaba demasiado delgado, como si hubieran tirado de él, como si lo hubieran estirado, y la falta de pelo lo acentuaba, junto con los marcados pómulos y el corte de la boca. Sus ojos azules grisáceos también eran duros. Ned vio que tenía flexionados sus largos dedos, como si quisiera agarrar a alguien por el cuello. Alguien. Ned sabía quién sería.

Pero, extrañamente, ahora no tenía miedo.

Hacía menos de una hora había entrado en una iglesia vacía para matar el tiempo con su música, aburrido, nervioso y asustado de pensar en su madre. Solo eso último seguía siendo verdad. Una hora antes el mundo había sido un lugar diferente.

—¿Decirme? ¡Nadie me ha dicho nada! —dijo—. No sé cómo sé estas cosas. Te he preguntado, ¿lo recuerdas? Acabas de decir que no soy el primero.

—Ned —dijo Kate. La voz se le rasgó como si hiciera falta engrasarla—. Esta escultura se hizo hace ochocientos años.

—Lo sé —respondió él.

El hombre delante de ellos dijo:

—Un poco más.

Vieron cómo cerró los ojos y los abrió, mirando fríamente a Ned. La chaqueta de cuero era de color gris pizarra y la camisa que llevaba debajo era negra.

—Has vuelto a sorprenderme. Eso no suele ocurrir.

—Lo creo —dijo Ned.